

Ya sea como efecto de la multidisciplinariedad o de la multiplicación de las prácticas terapéuticas, bien parece que el psiquiatra tiende a ausentarse de la clínica, pretendiendo limitar su actuación al diagnóstico y la prescripción, mientras delega el resto de su tradicional saber y ocupación a otros profesionales. Por ese motivo, ahora y más que nunca, conviene detenerse a comentar algo sobre la historia y sus simpatías clínicas. Dos mundos paralelos. Dos disciplinas forzadas a convivir.

Maquiavelo, para justificar sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, se lamentaba de no encontrar príncipe o república que en su tiempo recurriera a los ejemplos antiguos. Por ese motivo, la decadencia de los gobiernos provendría, según escribe, más que del hecho, de la ambición o de los males de la religión, de “no tener verdadero conocimiento de la historia, y de no extraer, al leerla, su sentido, ni gozar del saber que encierra”. Prendido en esta cita me atrevo a subrayar la bondad clínica de la historia. Por diversos motivos.

En principio, porque resulta cada vez más urgente mantener a la historia en el centro del debate sobre las ciencias. Pues, en este orden, la historia es el representante genuino de una de sus ramas, la que atañe en concreto a las llamadas ciencias humanas, hoy algo relegadas en nuestra profesión. Hacer historia de la psiquiatría, por lo tanto, casi coincide en principio con una invocación de humanidades o, al menos, con cierta resistencia a los saberes que pueden degenerar en flagrante positivismo; lo cual, dados los tiempos que corren, ya es suficiente si no mucho. El que se interesa por la historia parece ser alguien próximo a nosotros, que aquí quiere decir que es de los que se resisten no al causalismo biológico o al modelo científico sino sólo a sus excesos, es decir, a la tiranía, ilusión o intimidación con que hoy el naturalismo ocupa hegemónicamente la disciplina psiquiátrica.

Interesarse por la historia, exigirla, cultivarla, es tanto una necesidad como un riesgo. Una necesidad porque nadie puede legítimamente ahorrarse el suficiente conocimiento sobre quien es él mismo, y de esa curiosidad trata en buena parte la historia. Un imperativo de saber y de verdad reclama de nosotros la preocupación sobre nuestro presente y sobre el pasado que lo sostiene. Desprenderse de ese interés, hacerse los sordos a él, volverse invisible y desapercibido a esa corriente nostálgica, conduce a vivir exiliado del tiempo en una actualidad permanente, como vagabundos a la deriva en una ciudad sin barrios, sin centro y sin calles conocidas. Un hombre sin apetenencia histórica es como un hombre sin familia y, de momento, nadie está gratuitamente libre de ese defecto imprescindible y a veces trágico. Hay que apechugar con la familia y con la historia como hay que hacerse con la vida y con la singularidad de cada uno.

Un riesgo señalaba también, al tiempo que una necesidad, porque la memoria es siempre sincera y mordaz, de manera simultánea. Pues no puede decirse tanto que cada uno recuerda lo que ha sido y lo que es, cuanto que cada uno recuerda según su modo de ser. Dime qué recuerdas y te diré quién

eres, sería una variante más de esa fórmula tan socorrida del reconocimiento. En el recuerdo nos comprometemos directamente con lo que no sabemos y con lo que ocultamos. La memoria ridiculiza nuestra sinceridad como la historia lo hace con nuestro conocimiento. Arriesgarse a la historia supone someterse a la corrección, a la limitación de lo incompleto, a la parcialidad de toda reconstrucción. P. Valery escribió que “la historia es el producto más peligroso que haya elaborado la química del intelecto”. Y en esa debilidad y balbuceo obligatorios cada uno de nosotros mostramos nuestra impotencia del mismo modo que revelamos a los demás el rango de nuestros intereses y el grado –¡por qué no!– de nuestra impostura. Ya Le Goff comentaba que “la historia justifica lo que se quiera”. Quien investiga la historia, como quien analiza su vida –y éso es, a la postre, la esencia de la historia–, lleva a cabo un ejercicio de conocimiento y de sinceridad, sin duda, pero también se expone en una inquietante actividad. Así, mientras descubre o recuerda, al tiempo encubre y oculta pues, junto con lo que descifra, a la vez va escondiendo y sellando los mismos materiales que ha desempolvado. Cuanto aporte de cada lado, la proporción de revelación y de emboscadura, dará cuenta de su dignidad, de su valor y de su espíritu franco, pero en ningún caso podrá eludir ni disculpar la responsabilidad de su obligada torpeza. Hacer historia, como hacer clínica, es un enfrentamiento cara a cara con la mala conciencia y con la culpa. No reconocerlo así equivale a identificarse con una postura ahistórica o con una historia de vocación historicista que se dispone ciegamente a una descripción neutra de los sucesos que descarta los juicios de valor, como si esto fuera no ya honesto sino posible.

La historia, por lo tanto, como la desusada clínica, es una ascesis. Una disciplina austera que responde a unos criterios de investigación rigurosos, donde los hechos sólo lo son tras largo análisis y comprobación, una vez que el sistema los ha filtrado y autenticado a través de sólidos métodos historiográficos. Pero una vez que se ha objetivado todo lo que pueda los hechos, e incluso al hacerlo, la historia no puede ahorrarse la interpretación. Es decir, que no se contenta con lo verdadero sino que rescata lo oculto e incluso lo que nunca llegó a ser. Invitando desde ese mismo momento a la imaginación a que contribuya, con su débil verosimilitud y su precisión caótica, a la exigencia explicativa. Del mismo modo que la clínica, contra todos los hábitos actualmente predicados por la psiquiatría dominante, no concluye con el diagnóstico, sino que se inicia tras él, cuando a solas con el loco uno se encuentra dispuesto a perder las garantías positivistas, las seguridades que encorsetan la palabra y el lenguaje.

Esta doble obligación de la historia, mitad exactitud textual, mitad fantasía, nos atañe, nos afecta con ese extraño efecto simpático que convoca a lo psiquiátrico desde el momento que algo suena a doblez, duplicación o escisión. El mundo de los dobles y de lo dividido es el dominio propio de la psiquiatría. Desde el desdoblamiento y la multiplicación históricos hasta la división y ruptura psicóticos, los acordes de lo dual reclaman de modo exigente nuestra atención.

Se nos ha dicho con frecuencia que quien no conoce la historia está condenado a repetirla, dando por supuesto que la novedad nos atrae del mismo modo que la repetición nos devuelve a lo siniestro y nos horroriza. Sin embargo, hoy sabemos que la repetición se apodera inevitablemente de nosotros. Descubrimiento desestabilizador, por una parte, pero consistente

por otra. La verdad clínica nos ha devuelto a esa evidencia: a que, hagas lo que hagas, la repetición va a retornar en compañía de la novedad, anulando de este modo su fácil oposición. He aquí, por lo tanto, otro encuentro que hermana a la historia con la psiquiatría. Del mismo modo que el clínico analiza las repeticiones del deseo llamando la atención sobre las constantes que dominan nuestra biografía, ayudándonos a enumerarlas para dejar el mayor espacio posible al libre y novedoso despliegue de la vida, el historiador debe de combinar en su investigación el interés por las variantes que suceden en todos los tiempos; es decir, igualando verbigracia al romano imperial con el veneciano renacentista, tanto como debe de agudizar su sensibilidad para captar las variantes que separan la economía del deseo, por ejemplo, de un pausado griego clásico frente a la de un acelerado europeo moderno, de tratarse de la historia del deseo por elegir un tema bien afín a lo nuestro. Esto es, reflejando el paralelismo de otro modo, que si el clínico debe de entresacar entre las palabras del psicótico el misterio de lo no dicho, el historiador se confronta por su cuenta, en su juego de variantes e invariantes, con la dificultad de desvelar entre los intersticios de los hechos los presupuestos ocultos de una época que nunca acaban de aparecer del todo, y menos cuando se trata del presente.

A la postre, la psiquiatría es impensable, más allá de todos los avances científicos que marcan la flecha del progreso, sin ese propósito de dejar de ser idénticos a nosotros mismos. Solicitar historia, proponerla en alta voz, coincide con nuestro interés por renovarnos y agrandar la amplitud y resonancia de nuestro conocimiento y de nuestra escucha. Sin historia no podemos dar respuesta a la pregunta sobre cómo queremos vivir, ni somos capaces de diseñar nuestra biografía, lo que nos abandona a un comportamiento alienado, pasivo, domesticado y, seguramente, sometidos a una servidumbre algo vil. Con la historia, en definitiva, reclamamos la libertad y sin ella nos exponemos al dogmatismo y a la gregariedad.

Fernando Colina